

MARÍA CERDÁ ACEBRÓN, *RECUERDOS DEL FUTURO*

Por **Maite Garbayo Maeztu**

En México, aquello que se recuerda no es la posibilidad de una utopía política, sino la capitalización de un proyecto identitario, ligado en la actualidad a una mirada de clase, donde el orgullo de pertenecer a la élite intelectual mexicana es lo que prima y el origen político ha dejado de estar presente para quedar relegado a símbolo.

María Cerdá Acebrón

¿Es posible citar sin hacer aparecer la diferencia? ¿Repetir las poses, los gestos, los cantos, y que permanezcan idénticos aún más allá de su contexto? ¿Qué es el tiempo sino una estrategia insistente de interrupción y descontextualización?

Mi Dictadura

En 1939 se perdió una guerra. Los militares completaron con éxito el golpe de estado que derrocó al gobierno legítimo de la Segunda República. Con la guerra se perdió gran parte de la utopía política de la izquierda intelectual. Se perdió también la Constitución de 1931... y con ella el voto femenino, el derecho al divorcio, el sueño de un Estado laico...

Quedaron imágenes y relatos, que, performativizados hasta la saciedad, terminaron cuadrando en la política única de la polaridad, esa en la que se cimentó la España franquista a partir de la oposición al modelo rojo y republicano a erradicar. Franco identificaba su persona con España, pero únicamente con la España que había ganado la guerra, tratando de perpetuar la división entre vencedores y vencidos. Camufló su discurso de odio en un discurso de amor y de identificación con la patria y con quienes se alinearon con ella, para contraponerlos a los “enemigos de España”: los vencidos, “masones, comunistas y liberales”, términos que el dictador repetía constantemente. El discurso de la dictadura fijaba y naturalizaba sus alineaciones y sus identificaciones a través de la reiteración performativa.

Mi abuela me contó muchas historias antes de morir. La guerra primero, y la dictadura después, aparecían como hechos secundarios que se filtraban en un espacio doméstico feminizado, a través de la radio o de disruptivas presencias masculinas. El tío Carlos, adinerado carlista que luchó en el bando nacional. Muerto mi bisabuelo Enrique, pasaría a encargarse de las cinco hermanas. La radio, las canciones, las coplas de Concha Piquer y los boleros de Agustín Lara... La guerra era la casa llena de vecinas escuchando la radio. Los bailes de domingo con el gramófono. El parque de artillería

visto desde las ventanas. La guerra era el recuerdo de Antonio Marcoira sentado junto a mi bisabuelo Enrique hablando francés mientras oían el parte.

No hubo guerra. Ni para mi abuela, ni para sus hermanas. Y pronto la posguerra convirtió la guerra en el recuerdo de un tiempo pasado y mejor. Eso fue después, durante el luto. Duró mucho tiempo. Nadie recuerda exactamente cuánto. Pasó de repente: un telegrama y poco más. Pronto el silencio... por todo el valle. Sólo los estraperlistas recorrían Navarra, por el Pirineo, cruzando la frontera hacia el otro lado. Curro Olaiz, dijiste ese nombre, tu amiga Julia se casó con él. Y había maquis, en los montes... ¿En el Puerto de Velate? ¿En Basaburua? No, no, tú no sabías dónde, nadie sabía dónde. Shhhhh... !No hables tan alto, que nos van a oír! Saber y callar. No decir pero saber. Hasta olvidar que se sabe.

Miedo, setenta años después. ¿Miedo de qué? ¿Miedo de quién? ¿Dónde está el objeto del miedo? Ese miedo, despojado de objeto. Mi abuela, sujeto de un miedo sin objeto, de un miedo que actúa sobre los cuerpos que se ven transformados en sus sujetos, que performativamente modela el recuerdo y a quién recuerda.

Tu miedo, signo despojado de referente. Despolitizado, desideologizado, más allá de la polaridad franquista, habitando sus bordes como afecto abyecto. Materialidad del signo que tras tanto repetirse ya no tiene origen ni finalidad. Signo vacío tu miedo, sin objeto ni amenaza, performando tu cuerpo y pegándose al mío.

Desde siempre hubo una historia, contada y deformada muchas veces y por muchas voces. Se ha repetido en tantas ocasiones y de tantas formas que su existencia como tal es dudosa. Son retazos, trozos de aquí y de allá, fragmentos de recuerdos intervenidos por el deseo y por el miedo al qué dirán. Es la historia de mi abuela y sus hermanas: Ana, Matilde, Helena y Nieves. Mi abuela se llamaba Teresa.

Su Exilio

Signos despojados, también en México. Donde el miedo devino en rabia y orgullo, amor a una patria inexistente y a una bandera prohibida. Repetición performativa de actos y gestos de un origen perdido y un futuro truncado.

María me contó muchas imágenes. Imágenes supervivientes que escuchó pasar de boca en boca, deviniendo en cada repetición, superponiéndose al tiempo y a la geografía. 14 de abril: aniversario de la proclamación de la II República en Eibar. Niñas con lazos rojos, violetas y amarillos en el Parque España. Banderas republicanas en la Plaza de la Cibeles. Abuelos que legaron a sus nietas ideas para dinamitar el monumento a Carrero Blanco. Botellas de cognac al fin vacías. Reiterar la República una y otra vez. A través de gestos, de imágenes que aparecen y que la artista fija en formas cambiantes, irreductibles. Imágenes como restos de un quiebre de sentido, de un ejercicio de memoria ligado al pasado, como referente que hace mucho dejó de ser unívoco. Repetir la República como ejercicio comunitario, como performatividad aglutinante de un presente que cita clase, raza y posición de saber.

México. Un saber distinto sobre la guerra y la dictadura. Saber y decir que se sabe, no saber pero decir. Epistemologías del exilio, signos que corren de un referente a otro, despojados solo de su materialidad. ¿Dónde está la colisión, la sutura entre dos mundos? El saber... ¿dónde se localiza el saber en un país que expulsó a quienes sabían? Busco en los bordes, en las fronteras. Fuera de las políticas de la polaridad, la escucha se convierte en saber-otro, nos hace aparecer como las otras de nosotras mismas.

Escuchar voces y gestos, escrutar la memoria del exilio, como esperanza que ataca al denso olvido español. Coros de voces citan recuerdos, canciones de un tiempo-otro. La cita como repetición, como campo abierto a un proceso continuo de reinterpretación y re-significación. Lapsus, olvidos y ausencias desvelan el paso del tiempo, el exilio como aquello que se configura en cada generación. La cita es la condición de posibilidad del acto de recordar, lo incalculable del cuerpo que recuerda. La falla de su gesto, el quiebre de su voz...

¿Cómo pensar recuerdos del futuro? Cuando el signo es despojado queda el gesto. Un saber que se repite, pero no sabe de sí. El gesto contradice al silencio: es la forma en la que aquello que no se puede decir, que no se puede nombrar, de pronto es dicho. El pasado, la República, se pierden y se confunden en una amalgama de gestos, imágenes y repeticiones. Memorias fijadas en manos que hablan, que dicen más de lo que pretenden decir. Manos que citan otras manos y otros cuerpos. Movimientos, caricias, torceduras, silencios... Se trata de establecer las ausencias y las presencias, las pausas de un relato discontinuo...

Citar es hacer aparecer en el presente la imagen de un recuerdo, la materialidad de una voz, los restos de un periodo olvidado de la historia. Citar implica traer aquí.

Maite Garbayo Maeztu